Al vuelo de la celebración de Claudio Rodríguez

José María García López

Huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

Quevedo

And death shall have no dominion

Dylan Thomas

Los poetas que vuelan alto se resisten naturalmente al comentario, que con humildad y denuedo debe sin embargo intentarse. Así San Juan de la Cruz, Rilke o Eliot. Y el zamorano-madrileño Claudio Rodríguez es pájaro de esos niveles, hundido y elevado por esas ínsulas extrañas. Otras huellas profundas, y casi borradas por el viento rasante de las palabras propias del singular autor, serían las de Fray Luis de León, las de Ezra Pound y Wordsworth, las de Juan Ramón Jiménez, John Keats y Rimbaud, Coleridge o Aleixandre.

Algunas constantes podrían rastrearse bajo esos nombres dispares y otros tan semejantes.

Ilustra, Daniela Cuéllar

La pasión para nombrar las cosas y los seres del mundo, la sutil capacidad metafórica de ver entre luces, pulsar o crear ámbitos entre realidades, la excavación de un abismo íntimo de moralidades, el trato valeroso, comprensivo y amante de la vida y la muerte.

Pero cómo se establece y formaliza ese trato en el hombre que aquí recordamos. Qué nos pueden enseñar la ebriedad y la leyenda de Claudio Rodríguez, desaparecido hace poco más de dos años a la edad de 65.

La enseñanza tiene que ver precisamente con la muerte, pero con la idea de su dimensión final y fecunda que, como escribió el citado galés, no tendrá potestad o señorío sobre la existencia.

Claudio Rodríguez escribió su libro *Don de la ebriedad*, que sería premio Adonais de 1953, entre los 17 y los 18 años, lo cual ya nos sitúa, dada la gran calidad de esa obra, en un arranque personal extraordinario y en un tono prodigioso de ambición cognitiva. El libro no tiene edad, se dispara a lo extemporáneo desde una clara modernidad de dicción y una estructura clásica. Su simple título deslumbra por la precisa fusión de contenido y forma. Hasta la fonética resulta motivada para tan soberbio blanco, para tan compacta síntesis conceptual. La brevedad monosilábica del don es instantánea y gratuita; su nítida trinidad fonológica, misteriosa e inspirada como la vida. La ebriedad es larga como el arte, ardua de consonantes confusas como la condena humana al deseo de saber, a la atribución de finalidad a toda entidad o acto. *Don de la ebriedad*. Si el poeta lo tuvo tan pronto, y lo supo ¿cómo podrían transcurrir sus palabras futuras y su vida si no en un vuelo sutil y vertiginoso, en una creciente promesa iluminadora? Aprender a ver en esa luz, en la misma oscuridad del destino humano, aprender a aceptarlo, a no renunciar al sufrimiento de los días mediocres, al espanto, a la injusticia, sepultarlos en un ataúd no fúnebre ni surrealista, en una almendra no simbólica, viajar en su vacío con ternura e ingenuidad, con acerados ojos de halcón sobre la presa.

Desde tal altura interior o utopía, *Don de la ebriedad* redunda asimismo en la borrachera o el arrobamiento de repasar las imágenes pétreas o feraces derramadas por una Castilla menos áspera o mística que en el cliché, y sin embargo no desmitificada. Lustra releer términos casi perdidos, abonos léxicos que desfallecen y remontan, que cristalizan por milagro de poesía: encina, avena, avutarda, relente, surco, sendero, hoz, grajo, parva, gavilla, redil, cierzo, surco, surco... Voces, ojos, sentidos de los propios vocablos, que llaman, callan, conectan o yacen con el poeta. Y no es tanto

que él contemple "el sol claroluciente" (ecos de Juan Ramón) como que "el agua espera ser bebida". O el "sacrilegio este del cuerpo", como dice en el poema VIII y último de la primera parte del libro, "de no poder ser hostia para darse".

Aquí es ya palmaria (concreciones religiosas aparte, o incluidas) la orientación oferente de la poética de Claudio Rodríguez. Sólo la irá enriqueciendo y acendrando hasta la final y pasmosa serenidad. En 1958 publicó su segundo libro, *Conjuros*, que abunda en tales ansias de entrega, en nuevos vuelos aunque todavía con choques e impotencias. El don de la ebriedad se va embotando por los años y la experiencia, por otras formas vicarias de la ambición y el conocimiento. Cómo mantener la capacidad inaugural de la infancia, colocar en su sitio capas y hábitos, remiendos históricos e inercias. Cómo contemplar las puras promesas entre los hombres, retroceder a las fabulosas visiones del alma, a las noches absurdas que ayer estaban en las rumorosas fronteras del infinito y la nada. Cómo continuar por los cauces de la utilidad y las explicaciones, de las miserables imposturas y renuncias, de los medrosos inventos de la superstición. Acaso la combinación poética de las palabras, el máximo arte de la literatura, pueda rescatar la perplejidad alucinada, conjurar la madurez de los bastos o envenenados frutos, fulminar el dolor y el sinsentido del mundo.

A este propósito, o mejor despropósito, siguen mereciendo especial admiración los poemas "Incidente en los Jerónimos" y "Pinar amanecido". El primero es una recreación de la atmósfera que percibiera un niño en un templo durante una fiesta popular. Está fuera del tiempo y la impaciencia, dura un instante y todo el día, toca las bóvedas y los ventanales a cuya luz o música se fundirían los seres. Un grajo es el protagonista de ese vuelo, un pájaro familiar que transportaría el espíritu infantil del hombre, su perspectiva estática fascinada de revelaciones.

El poema, hecho aún de endecasílabos y heptasílabos, aunque raros, contrastados y llenos de encabalgamientos abruptos, tiene indudablemente la virtud de otro doble contenido: se trata de la casi posible reconstrucción de un tiempo maravilloso sin pretensiones, la reducción a una imagen suspendida que fuera como un acorde suficiente, y, por otro lado, la presentación real, aún más fácil y majestuosa, del vuelo magnífico de un grajo. Aquí Claudio Rodríguez ya no es el poeta, no está poetizando, interpretando, cincelando la belleza; es el mismo niño que volaba en las alas del pájaro, el que ascendía en el polvo de la luz a las bóvedas y salía al cielo

velado de la fiesta, al canto alegre de los campos de la esperanza. "El caballo es un caballo", como definió Picasso el del *Guernica*. El grajo es el grajo, podríamos decir, y no puede dejar de serlo. Olvidamos grajos y caballos, plumas y cúpulas, veredas y muros, pero el poema continúa retrocediendo y vence.

Mucho más el "Pinar amanecido" retrocede a lo estático universal. Del vuelo al árbol, a la piña inocente contra las asechanzas exteriores y el "bien adobado cebo de la apariencia." El itinerario contra el miedo instituido sería de la ciudad a la casa y al hombre, al pino y al piñón recóndito, a la semilla de la contemplación y el amor, a la amistad dichosa del "pinar amaneciente".

Comienza a partir de aquí *Alianza y condena*, el tercer libro del autor, publicado en 1965, siete años después. El poema continúa largo y contemplador. Pero quizá más discursivo, más coloquial y de ritmo más sincopado o libre. Todo aquí se hace más tenso sin llegar a ser contradictorio ni violento, sí dramático: el misterio de todo ser o cosa existente ante la claridad de un instante, la dinámica del cosmos ante el solipsismo, la soledad ante la compañía, la duración ante la desaparición. Por ejemplo, el poeta escribe: "Porque no poseemos,/ vemos. La combustión del ojo en esta/ hora del día, cuando la luz, cruel/ de tan veraz, daña/ la mirada, ya no me trae aquella/ sencillez. Ya no sé qué es lo que muere,/ qué lo que resucita. Pero miro,/ cojo fervor, y la mirada se hace/ beso, ya no sé si de amor o traicionero." Añade, y repite, que "la más honda verdad es la alegría" o desgaja en "Ciudad de meseta" el pesimismo de estos otros versos: "¿De qué ha servido tanta plaza fuerte, hondo foso, recia almena,/ amurallado cerco?/ El temor, la defensa,/ el interés y la venganza, el odio,/ la soledad: he aquí lo que nos hizo/ vivir en vecindad, no en compañía./ Tal es la cruel escena/ que nos dejaron por herencia. Entonces,/ ¿cómo fortificar aquí la vida/ si ella es sólo alianza?"

No es de extrañar que el poeta desmaye viendo atrás lo que ha dejado: por una parte, dos libros demasiado plenos para ser tan precoces, dos aventuras existenciales y estéticas demasiado intensas y radicales. Por otra, y más perteneciendo a una generación que había sufrido la guerra en su infancia y una feroz dictadura en su juventud, la conciencia madura del odio civil acumulado. Esa conciencia política que en aquellos primeros años 60 de España se iba extendiendo y manifestando tan insurrecta como sojuzgada.

Claudio Rodríguez habla también al respecto, en el prólogo a la edición en Cátedra de su poesía completa entonces (1983), de sucesos familiares que le influyeron "de manera muy herida, aún no cicatrizada." Sintoniza así, por voluntad sacrificial, con el rebajamiento de la realidad en torno. Todo el libro recoge un lastre común de ignominia, se hace tal vez más rico, más vulgar o más fiel a la enajenación de la historia. Se aleja del vuelo de la esencial recreación, del paso ya iniciado hacia la asunción verosímil de otra más gozosa tragedia.

Pero el destino del autor se diría claro desde el principio. De uno u otro modo, debía regresar a la ebriedad. A pesar de que transcurrirán 11 años de silencio, tiene el terrible valor de llamar a su nueva entrega *El vuelo de la celebración*. El libro ya transita por dentro de ese mencionado peso donde el espacio del ave no es la altanería. Nada de recorrer los cielos de la nostalgia, pues el desengaño también es volátil, e igualmente el dolor tendrá su epifanía. El planeo es casi inmóvil, bajo se cierne contra la sucesión humana como un Sísifo cuya piedra es la esperanza. El poeta lo es porque ve y entiende sin razonamiento, porque puede estar fuera y dentro del laberinto, apegado a la tierra de los suyos, pero solitario siempre, enérgico y generoso.

Los versos de este libro sobrecogen y mejoran. Reclaman un compromiso ineludible, empujan a intuir la unión de la celebración y el remordimiento, el horror, por ejemplo, ante la muerte de la hermana del poeta y la siembra inmanente de su vida, el consuelo vengativo de la palabra, la eternización de lo pasajero. Hay poemas aquí que nos obligan a un saber estremecedor, que nos conjuran a un sutilísimo puente de atención y existencia. Se inicia con "Herida en cuatro tiempos", todavía desde el daño y la ruina. El poeta ha vuelto al espacio físico de la infancia "donde la pesadilla se hizo carne,/ donde fue fértil la respiración", y "se hila la luz entre los ojos/ tempranos para odiar." Luego se va edificando "Hacia la luz" y la "Salvación del peligro" a través de un "Ballet de papel", a través de "Noviembre" y "Una aparición", de "Elegía desde Simancas". "... y va el papel volando/ con vuelo bajo a veces, otras con aleteo/ sagaz, a media ala,/ con la celeridad tan musical,/ de rapiña,/ del halcón, ahora aquí, por esta calle"... O es el hombre quien va "por la luz que acompaña/ y ciega, y purifica el tiempo/ sobre estos campos, con su ciencia íntima,/ bajo este cielo que es sabiduría."

Torna el verso a elevarse feliz hacia más justa expresión. A su instantánea sugerencia salvífica "llega la amanecida./ Y el resplandor se abre/

dando vuelo a la sombra." El poeta ha vuelto a estar "entre las calles/ vivas de las palabras" y "aquí ya no hay historia ni siquiera leyenda;/ sólo tiempo hecho canto/ y luz que abre los brazos recién crucificada/ bajo este cielo siempre en mediodía."

La síntesis lingüística de Claudio Rodríguez sorprende siempre, opera como una permanente lección creativa y se sitúa, sin ser creacionista, en el múltiple esplendor de la naturaleza. Tiene el poder de conferir el encanto perdido a los fenómenos corrientes, satura la capacidad humana de sobreponerse a los empeños de lo claudicante u horrible, a la tenaz labor del hastío y la desolación. Da vértigo imaginar que una celebración próxima, aunque fuese de mucho más corto vuelo, pudiera emprenderse a instancias más amplias, que pudiera generalizarse tal delicadeza, tal exigencia. Aceptar un destino mortal y saber vivirlo segundo a segundo como una exaltación. Extraer la belleza de su cubil infame, aguzar el espíritu para el desdén sobre el misterio del pensamiento, aliarse con toda metáfora diabólica sin temor, rehacer lo sagrado. Así el juego prometido, la nueva iluminación que esa voz configura, la invención de otro deseo y otro significado para la vida del hombre en la tierra. Otras formas divinas bajo la corteza, contra la estupidez de la costumbre, contra la obscena hermandad de las viejas frases, la cretina comedia universal y el crimen de cada día.

Claudio Rodríguez señala esos horizontes sin la más remota condición apocalíptica ni empalagosa. Emociona por su discreción, su sólida levedad, su cada vez más largo silencio. Fue inmolando su alma y su cuerpo. Ofreciendo a los supervivientes los dones de su ebriedad, la hostia material de su grandeza mínima. Tardó entonces quince años en publicar otro libro. *Casi una leyenda* apareció en 1991 y ya fue evidente que no tendría continuación. Desde casi sus mismos principios estuvo en el fin o éste le vino desde siempre llegando. *Casi una leyenda* concluye tan callando la comunión no trascendente de la hermosura posible rescatada, la victoria definitiva sin triunfalismo ni soberbia alguna. No hay imperio, sino interior salvación o adelanto. La tortuga, en efecto, no podrá ser vencida por Aquiles.

Los poemas de esta carrera final son realmente trágicos y rutilantes, ofrecen la dichosa resolución de una muerte a tiempo, es decir, de una buena muerte prematura. Ya estuvimos muertos antes y vivimos. La muerte fue y será más larga y sufrió una excepción, germinó en un vuelo raro y es natural que sea celebrada. No decae en la muerte la vida, sino que ésta surge entre dos infinitos paréntesis. Los versos así afinan sus aguijones de

luz, hablan de "ovarios lúcidos", de "la aurora del polen", de "la putrefacción que es amor puro,/ donde la muerte ya no tiene nombre", "del hueso que está a punto de ser flauta/ y el cerebro de ser panal o mimbre/ junto a los violines del gusano".

Hablan de la "noche marchita y compañera", "las piedras blancas del destino" y "el resplandor de la renuncia"; "las señas de la liebre", "el arpa y el laúd junto al destello/ de las sábanas"; de "transparencia y transfiguración", de "la ceniza blanca, ya sin humo", del "vuelo viejo avaro de la noche" y "la mañana que no verá nadie".

El poeta muere y vive, se hunde y celebra el milagro del ser y la nada. Se pregunta y nos pregunta si vamos a vivir después de tanta revelación o si todo es resurrección. Él mismo se responde "bendito sea lo que fue maldito" y termina ordenándose y ordenándonos: "Levanta el vuelo entre los copos ciegos de cada letra". "No entres en este cuerpo entero: donde está amaneciendo".